EL DESAFÍO DEL TIEMPO

INTRODUCCIÓN

Recuerdo que en tiempos de mi infancia, existían los llamados “desafíos”. Los chicos de un curso de la escuela desafiaban a los de otro grado con algún juego, generalmente un partido de fútbol.

Los desafíos no se podían rechazar, eran, según un código no escrito, una cuestión de honor aceptarlos. Nunca había un ganador absoluto o definitivo. El que ganaba debía dar revancha, el que perdía tenía derecho (y casi la obligación) al desquite. Los desafíos, entonces, jamás terminaban.

Esas épocas infantiles de desafíos parecen haber quedado en el recuerdo. Sin embargo no pueden haber muerto, porque muchos sostienen que los juegos no son sólo un alegre pasatiempo, sino que en ellos los niños aprenden para la vida. Me pregunto entonces, si los desafíos en su esencia y significado quedaron en la nostalgia... ¿o es que mientras nos vamos haciendo hombres no nos aparecen otros?

El desafío es un reto y el hombre debe contender durante su vida con retos imposibles. Existen muchos de ellos, que planteados como aquellos encuentros lúdicos, no podemos rechazar.

El hombre es y debe ser libre. Sin embargo, está lleno de limitaciones, de determinaciones o condicionamientos. El hombre quiere amar, pero está rodeado de situaciones violentas que lo impulsan a destruir y odiar. El hombre siente la imperiosa necesidad de comunicarse, pero sigue padeciendo el drama de la soledad y la incomprensión. El hombre, pues, se empecina en imposibles. ¿Vana ilusión? ¿No será que aceptar

estos desafíos, en los que aparecemos como perdedores, es lo que nos hace sentir más humanos?

Se ha invocado la inteligencia, el lenguaje o ciertas particularidades físicas, como lo distintivo del hombre. Sin embargo, no tanto estas características como la capacidad de soñar imposibles, es quizás la esencia de nuestra condición humana. Para ello es preciso contar con el recuerdo y con la capacidad de esperar. Porque en definitiva, todos buscamos algo o alguien que trascienda los límites de nuestra vida para sentirnos más vivos. El sentimiento vital se multiplica mientras más desarrollemos nuestras potencialidades hacia una meta inalcanzable.

Mientras tanto, algunos agoreros anuncian el futuro cercano, otros vaticinan una época de aburrimiento, otros hablan de la finalización de la historia y al mismo tiempo los más serios e instruidos sólo recomiendan a multitudes de seres humanos vivir hacia un sólo rumbo y muestran una única salida. ¿Dónde queda la libertad tan proclamada, la creatividad y la imaginación? ¿Serán sólo recuerdos de una búsqueda pasada en la que gastamos infructuosamente nuestras energías? ¿Desviaciones patológicas de la naturaleza humana?

Si la aniquilación de los sueños imposibles es la característica de una edad madura, yo vuelvo a mi niñez. En aquella época no era tan importante perder los desafíos. En realidad, llorábamos más cuando se suspendían o postergaban que cuando éramos derrotados. Lo doloroso y angustiante era no tener más encuentros y que nos dijeran que todo estaba definido.

Todo empieza con la pregunta ¿para qué y por qué escribir? Hablo conmigo mismo y no quiero perder rastros de

mis propias conversaciones. De lo contrario, puedo llegar a convencerme de haberme dicho lo que no dije. Además, puedo, en cierta forma, rectificar errores. De otra manera creeré que nunca los cometí o que la afirmación equivocada que alguna vez di, no la dije en su momento.

Hablo conmigo mismo y encuentro muchas más miserias propias de las que incluso “objetivamente” se pudieran encontrar. Mis debilidades me abruman. ¿Habrà algo en mí que pueda potenciar y trascender mi ser débil y miserable?

Posiblemente en el reconocimiento de estas debilidades y miserias, y el compartirlas con otros de mi naturaleza, radique la posibilidad de darle sentido y validez a mi vida. Siento que expresar mis pensamientos puede ser una manera de potenciar mi existencia, de darle humanidad a mi ser. O simplemente, el hablar conmigo mismo y dejarlo por escrito por la desconfianza que tengo en mi propia persona, no sea más que para aplacar mi congoja; sea sólo un consuelo a la angustia vital. Pero quizás, también se esconde en quien escribe lo que habla consigo mismo, la esperanza de que también sirva de consuelo a las penas de otras personas o para quien escribe descargar y aliviar un poco su dolor, compartiéndolo con el anónimo y ocasional lector al entender que el dolor es lo humanamente universal.

No me conformo con lo que soy. Me intranquiliza saber que la capacidad humana es casi ilimitada y las posibilidades innumerables. Sin embargo, lo que hacemos son pequeñísimas porciones de ellas. Me atormenta la conciencia de las cosas que no he podido ni querido hacer. Las faltas y errores cometidos pertenecen al pasado, pero pueden rectificarse. Se pueden restaurar, ya sea en obras o en sentimientos y palabras, haciendo algo para reconstruir lo mal

hecho. Incluso se agrega la consoladora alternativa del arrepentimiento y el perdón. Pero, ante la falta cometida por lo que no se hace o no se dice en su tiempo, parece quedar la sensación de un casi total desconsolador vacío. No podemos retrotraer el tiempo para poder hacer o decir lo que no realizamos en su momento. Aquellas omisiones, quedan como pesadas e imborrables marcas en nuestro ser. Marcas que no alcanzan a cicatrizar y corren riesgo de ser abiertas constantemente. Posiblemente el pecado de omisión sea el menos atendido y sin embargo, el más pesado lastre que acarrea la condición humana. Un vacío imposible de llenar. Lo terrible es que ese vacío nos termine por incluir a nosotros mismos, nos agobie y nos trague en su oscura nada.

Qué duradera tristeza existencial carga uno encima, cuando no ha podido completar el ser de cada una de las etapas de la vida o cuando abandonamos la búsqueda de más ser. Sentir que después de varios años uno ha cumplido su etapa de semilla, haber sido raíz, luego tallo, para terminar en follaje sin haber podido dar ninguna flor. Y a la penuria de no saber si fuimos semilla, raíz o tallo bueno; de no saber si fuimos todo lo que pudimos realmente haber sido; se agrega el equivocado e irracional conformismo de creer que ya somos cuando aún no hemos empezado a ser.

Taladrar sobre aquellos aspectos que me den más existencia, parece ser la clave. Cuáles son esos aspectos podría ser la verdadera sabiduría. Un buen comienzo sería invertir las preguntas. En vez de preguntarme por qué y para qué escribo, pensar que debe tener algún sentido hacerlo, porque a pesar de su supuesta inutilidad los hombres insisten en escribir.

En la intrincada

trama de los afectos,
la encrucijada fatal
parece estar radicada
en tratar de expresarse
con todo el riesgo humano
de ser malinterpretado
como mal entendido;
o guardar un silencio
también riesgoso,
no menos cruel y triste
para ser ignorado
o sentirse incomprendido.
Acaso el vasto campo
de sentidos afectos
deban todos transitarlo
como en oscura selva,
misteriosa y profunda,
bajo el trágico sino
de la sospecha.

La palabra es una característica fundamental en el ser humano. Si se trata de la palabra escrita, reúne además otras condiciones. La palabra escrita no es sólo dicha para un momento y una circunstancia determinada. Se escribe (quizás con desmedida ambición) para que la palabra no sea olvidada y perdure en el tiempo. Por esta razón, requiere de un mayor compromiso de quien la pronuncia. Porque quien quiera que su palabra esté escrita, no puede evadir la responsabilidad de lo dicho.

La palabra escrita puede guardar también un extraño milagro: ser ignorada cuando es leída, pero tiempo después encontrar, en una nueva lectura, la emoción de descubrir la verdad que antes no habíamos percibido.

La palabra escrita, al materializarse, puede ser guardada como tesoro al igual que joya en un cofre secreto, o puede ser quemada en hoguera por peligrosa y subversiva. Puede ser motivo de distracción y pasatiempo, como de profunda reflexión. Puede despertar la ira y encender el odio, como también acercar amores lejanos y ausentes. Con su lectura se pueden revivir recuerdos que provocan el placer de la nostalgia o avivar esperanzas adormecidas. Con el lenguaje escrito las distancias se acortan y se hace menos angustiosa la lejanía del espacio; el tiempo es más abarcable o al menos sentimos que no todo es tan efímero y la memoria humana tiene su valor.

Es que el lenguaje, capacidad desarrollada notablemente por los hombres, adquiere su particular dimensión en la medida que el tiempo se incorpora en el pensamiento humano. El lenguaje humano es entendido como necesidad de comunicación o demanda. Pero también, para diferenciarlo de las demás especies naturales, la comunicación humana tiene una particular capacidad para manifestar lo simbólico, abstracto, general e imaginario. Sin embargo, un lenguaje con estas características sólo puede desarrollarse de manera constante y amplia en el hombre, si operan en él el recuerdo y la esperanza. Las demás criaturas no parecen disponer de esta percepción temporal (ni lo necesitarían) en sus mecanismos de comunicación. Por lo tanto, ¿cómo quedaría nuestro lenguaje si descartáramos en el habla todo lo referido a una situación que no sea la presente e inmediata? El tiempo, conceptualizado por el hombre, vertebra el lenguaje y

lo amplía sobremanera. No es casualidad, que el aprendizaje de cualquier lengua se refiera principalmente a la conjugación de los verbos. Su correcta utilización es necesaria para el hombre para entenderse él mismo y comprender a los demás. ¿De qué servirían los numerosos vocablos y palabras que existen en los distintos idiomas utilizados por el hombre, si no pudiésemos armar frases referidas al pasado o al porvenir? Sin la idea del tiempo, ¿cómo podríamos transmitir nuestra interioridad y nuestra identidad al hablar con nosotros mismos y con los demás? ¿Qué sucedería si los hombres y los pueblos no pudiesen contar sus historias? ¿Qué vitalidad tendrían los hombres y los pueblos que no pudiesen transmitir sus anhelos, sueños y proyectos? No sería desacertado, en este caso, afirmar que es triste la existencia del hombre cuyos recuerdos no tienen alguna conexión con el curso temporal de los recuerdos de otras personas. Lo mismo sucede con el porvenir. La vida se acorta y se vuelve solitaria si no compartimos con algún otro aunque sea una única expectativa posible. Si no nos encontramos, en nuestro itinerario temporal, con otro ser, la soledad nos puede agobiar y convertirá el recuerdo en pesadilla y la esperanza en mera fantasía. En cierta forma, lo irreal no sería para nosotros lo que no se ha concretado, sino lo que no forma parte del universo temporal compartido de los hombres.

Si algo une a los seres humanos, con lazos invisibles pero no por eso menos duraderos, es cuando disponen de un recuerdo común o una esperanza compartida. Y si de alguna manera se producen distanciamientos entre ellos, es precisamente porque algunos de estos elementos, ya sea la memoria de los tiempos pasados o las expectativas de lo porvenir, han variado en algún grado que provoca un alejamiento entre las personas por la diferente posición

temporal que han asumido.

En los tiempos actuales existen numerosas formas de comunicación. El hombre ha demostrado preocupación por mejorar la técnica de la emisión y recepción del mensaje. Pero, no parece demostrar el mismo ímpetu o preocupación por mejorar el contenido de los mismos. Existe un marcado interés en utilizar los mensajes como poder, o al servicio de un poder, y no como posibilidad de diálogo y comunicación. La fuerza de la palabra se mide por la distancia que abarca su emisión o por la potencia de su sonido, antes que por la intensidad de la emoción que experimentan los corazones y mentes de quienes la reciben. Asimismo, la técnica en muchos casos ha servido más para imponer que para persuadir o convencer. A pesar de ello, la libertad de expresión se ha ampliado y las posibilidades de transmitir mensajes se han multiplicado.

Sin embargo, también esta época se caracteriza por la desvalorización y el descreimiento en las palabras, aunque éstas sean emitidas desde los más sofisticados aparatos. En definitiva estos son instrumentos, en cambio la palabra la crea y emite el hombre. Él es el auténtico creador, obligado como está a llamar las cosas que conoce por su nombre. Nombrar al pan, pan y al vino, vino puede ser una muestra elocuente de hablar llano y con franqueza. El problema se suscita cuando debemos referirnos a ideas o sentimientos profundos. Ya que resulta arduo tratar de expresarlos cabalmente. Es más, quien los expone se encuentra en grandes dificultades y quien escucha (en este caso leyendo) también. Por esta misma razón, quien quiere confundir, distraer o mentir se vale de esta dificultad. Entonces, lamentablemente, se impone la mentira y nos habituamos a los discursos falsos. Si aparece alguien que habla con sinceridad y claridad, por lo general, es mal

interpretado y confundido. ¿Por qué la verdad y la honestidad requieren de tanto esfuerzo de expresión e interpretación y la mentira es tan fácilmente expresada con ligereza y asimilada con rapidez? Nos encontramos en un dilema: mentir corriendo el riesgo de alejarnos de nuestro ser revistiéndonos con el disfraz locuaz de la falsedad o hablar bien y sentirse sólo. Las opciones parecen arrojar un irremediable resultado negativo. ¿De las dos formas estamos condenados al fracaso? ¿Tanto sacrificio por comunicarnos para acercarnos más y terminamos en lo opuesto: sintiendo la sensación de hablar en un desierto?

¿Qué alternativas quedan? Podemos hablar con mentira y falsedad. Negar hoy lo que dijimos ayer y no comprometernos con nadie ocultando nuestros sentimientos y deberes. Es posible que nadie crea en nosotros o que vivamos entre sombras y espejismos. Es decir, no ser nunca nosotros mismos. La segunda alternativa, sería intentar expresarnos cada vez mejor. Ahondar en nosotros mismos, para encontrar la mejor palabra para la mejor idea. De esta manera, tendremos la posibilidad de transmitir lo más profundo que anida en el alma del ser humano y encontrar bellezas o realidades nunca antes imaginadas. Pero es posible que, a pesar del esfuerzo, nunca podamos comunicarnos bien con las personas. Sólo los que elijan esta alternativa, experimentarán en profundidad el fenómeno de la incompreensión. No sólo sentirán aislamiento, lo padecerán por ser conscientes de que su soledad es el resultado de una personal postura existencial libremente elegida en el campo de la comunicación.

Si nuestro destino cruel es caer derrotado con cualquiera de las dos opciones, aún cuando nos sepamos derrotados, nos queda el irrenunciable derecho de elegir qué tipo de derrota tendremos. Como existen diversas maneras de caer vencido, creo que es conveniente elegir la alternativa que

propone comunicarnos de manera humilde y sincera aunque esto resulte inútil. Porque lo esencial en la naturaleza humana es la búsqueda de imposibles. Por eso, prefiero acompañar a aquellas personas que intentan ser más humanos apostando a lo imposible. Después de todo, tengo la sospecha que la derrota elegida es sólo un supuesto fracaso que esconde la esperanza en una victoria que espera renacer.

Voy caminando
por un desierto extenso.
me dirijo exhausto
quien sabe dónde.
Llevo cansado,
sin vanidad y sin lustre,
las insignias pobres
que me identifican:
una utopía desarmada
una esperanza bien guardada.
Anima mis pasos,
el redoble constante
de un tambor imaginario,
con su parche desgastado
por el febril tamborileo
entusiasta y agitado
de las antiguas marchas,
que en otros tiempos animaron
mi juvenil itinerario.
Y al viento una bandera,